

las del cerebro del hombre (1), y para acabar de dar bastante idea de este órgano, decimos que tiene hemisferios muy gruesos; que cubre el cerebelo; que se presenta redondeado por todas partes, y casi es dos veces mas ancho que largo; que las eminencias ó tubérculos llamados *testes*, son tres veces mas voluminosos que aquellos á que se ha dado el nombre de *nates*, que se observan casi siempre mas pequeños que los *testes* en los animales que se alimentan del fruto de su rapaña (2), y en fin, que se parece al cerebro del hombre mas que al de la mayor parte de los cuadrúpedos.

Pero las dimensiones y la forma del cerebro del delfín no solo deben hacer mas verosímiles algunas de las conjeturas que se han formado acerca de la inteligencia de este cetáceo, sino que parece prueban tambien las que se han formado respecto á la sensibilidad de este animal. Otro comprobante de estas mismas conjeturas es la fuerza del olfato del delfín. Los mamíferos mas sensibles, y particularmente el perro, disfrutan siempre efectivamente de un olfato de los mas faciles de afectar; y á pesar de la naturaleza y de la posicion particular del sitio del olfato en los cetáceos (3), se sabia desde el tiempo de Aristóteles, que el delfín distinguia con prontitud, y desde muy lejos las impresiones de los cuerpos odoríferos (4). Su carne esparce un olor bastante notable como la del cocodrilo, la de otros muchos cuadrúpedos ovíparos, y de otros muchos habitantes de las aguas ó de los rios, cuyo olfato es muy fino; y sin embargo,

(1) Ibid. Lecciones de anatomía comparada de Mr. Cuvier.

(2) Ibid.

(3) Artículo de la ballena franca.

(4) Arist., Hist. anim., IV, 8.

todo olor es demasiado fuerte, ó extraño á aquellos á que está acostumbrado, obra tan vivamente sobre sus nervios, que luego se fatiga, se atormenta, y aun á veces se incomoda ó altera extraordinariamente; y Plinio refiere que un procónsul de Africa trató de hacer perfumar á un delfín que venia muchas veces cerca de la costa, y se acercaba familiarmente á los marineros; el cetáceo permaneció algun tiempo como alelargado y privado de sentido; despues se alejó rápidamente, y no volvió á parecer mas, hasta pasados muchos dias (1).

Debemos todavia observar que la sensibilidad de un animal se aumenta segun el número de sensaciones que recibe, y que este número, en igualdad de circunstancias, es tanto mayor, cuanto mas mutaciones locales verifica el animal, el que por consecuencia recibe de este modo las impresiones de un número mas considerable de objetos extraños. Y es de notar que el delfín nada casi sin interrupcion y con mucha rapidez.

El instrumento á que debe esta gran velocidad, se compone de su cola y de la aleta en que termina, cuya aleta se divide en dos lóbulos, cada uno de los cuales es poco escotado, y tal su longitud, que la anchura de esta caudal constituye generalmente las dos novenas partes de la longitud total del cetáceo. Esta aleta y la cola misma pueden moverse con tanto mas vigor, cuanto que los poderosos músculos que le imprimen sus variados movimientos, se juntan é insertan en altas apófisis de vértebras lumbares; y se tenia una idea tan aventajada de su prodigiosa fuerza, que segun Rondelet, hay un proverbio que compara á los que quieren hacer una cosa imposible, con los que quieren *atar un delfín por la cola*.

(1) Plinio, Historia del mundo, lib. IX,

En atención á este remo vigoroso, que el delfin agita con tanta celeridad, le han llamado los marineros la flecha del mar. Mr. de Saint Pierre, mi sábio y elocuente compañero, miembro del Instituto, dice en la relacion de su viage á la Isla de Francia (pág. 52), que vió caracolear un delfin en torno del bagel, mientras que este caminaba un miriámetro por hora, y Plinio aseguró que el delfin recorre las distancias con mas velocidad que una ave, y que un dardo lanzado por una poderosa máquina.

La dorsal de este cetáceo no aumenta su velocidad, pero puede ayudarle á dirigir sus movimientos (1). La altura de su aleta, medida á lo largo de su curvatura, es comunmente un sexto de la longitud total del delfin, y su longitud de un noveno. Presenta una escotadura en su borde posterior, y una inflexion detrás de su punta.

Está situada por encima de las diez y seis vértebras que vienen inmediatamente despues de las vértebras dorsales, y se halla en su base una fila longitudinal de pequeños huesos oblongos mas gruesos por abajo que por arriba, un poco encorvados hácia atrás, ocultos en los músculos, cada uno de los cuales corresponde á una vértebra sin estar unido á ella y representa uno de aquellos *huesecillos* ó *aletillas* á los cuales hemos visto que estaban adheridos los radios de las aletas de los peces (2).

Pero no basta hacer observar la celeridad de la natacion del delfin; observemos tambien la frecuencia de sus evoluciones. Median entre estas tan cor-

(1) Puede recordarse lo que hemos dicho en el artículo de la ballena franca con motivo de la natacion de este cetáceo.

(2) Historia natural de los peces.—Discurso acerca de la naturaleza de estos animales.

tos intervalos que se creeria que le es absolutamente desconocido el reposo, y los diferentes impulsos á que se abandona se suceden con tanta rapidez y producen tanta aceleracion de movimiento, que segun Aristóteles, Plinio, Rondelet y otros autores, se lanza algunas veces tan arriba sobre la superficie del mar, que brinca por encima de los mástiles de los buques menores. Aristóteles habla tambien del modo con que encorvan con fuerza su cuerpo, estiran, por decirlo así, su cola como la cuerda de un arco muy grande y poderoso, y soltándola en seguida contra las capas de agua inferior con la celeridad del relámpago, saltan en cierto modo como la flecha del arco, y nos presentan el uso de medios y efectos semejantes á los que nos ofrecen los salmones, y otros peces, que saltan diques muy elevados (1) cuando remontan por los rios.

Por un mecanismo semejante se precipita el delfin sobre la costa, cuando al perseguir una presa que se le escapa, se entrega á arranques demasiado impetuosos que le llevan mas allá de su objeto; ó cuando atormentado por insectos (2) que penetran entre los pliegues de su piel y se adhieren á los lugares mas sensibles de ella, se pone furioso como el leon en quien se encarniza la mosca del desierto, y ciego con su propia ira, vuelve, revuelve, salta y se precipita al azar.

Si es lanzado sobre la costa á demasiada distancia del agua, para que sus esfuerzos impotentes no le puedan volver á ella, muere al cabo de un tiempo mas ó menos dilatado, como los demás cetáceos que el mar arroja, ó son lanzados á la costa por la tem-

(1) Historia natural de los peces.—Historia del salmon.

(2) Rondelet, artículo del delfin.

pestad ó por otra eficaz influencia. La imposibilidad de atender á su nutrición, las contusiones y las heridas producidas por la fuerza del choque que experimentan al ser arrojados con violencia sobre la costa, una sequedad súbita en muchos de sus órganos, y otras muchas causas concurren entonces á terminar su vida; pero no hay que creer, con los antiguos naturalistas, que la alteracion de sus tubos, cuyo orificio se deseca, se comprime y se cierra, es lo único que les da la muerte, porque cuando están fuera del agua pueden respirar muy libremente por la abertura de su boca.

El delfín se ve tanto mas desembarazado para poner en accion sus saltos y circunvoluciones cuanto su mayor diámetro es solo la quinta parte con poca diferencia, de su longitud total, y ordinariamente es solo como la sexta durante su juventud.

Por lo demás, su longitud total apenas escede de tres metros y un tercio.

Hacia la mitad de esta longitud, entre el ombligo y el ano, se halla situada la verga del macho, que es aplastada, de que solo se percibe comunmente la estremidad del balano. Parece que cuando entra en coito con su hembra, se colocan en una situacion mas ó menos próxima á la vertical, y frente uno de otro.

La gestacion de las hembras dura diez meses, segun Aristóteles; ordinariamente la hembra pare en el estío, lo que prueba que el coito se verifica á principios del otoño, despues que los delfines han recibido toda la influencia de la estacion vivificadora.

Solo da á luz uno ó dos hijuelos; los lacta con cuidado, los lleva debajo de sus brazos mientras aun son lánguidos ó débiles, los ejercita en nadar, juega con ellos, los defiende con valor, no los abandona, aun cuando ya no necesitan de su auxilio, se complace en ir á su lado, los acompaña por afecto, los si-

gue con constancia, aunque estén muy adelantados en su desarrollo.

Su incremento es rápido; pues á los diez años ya han llegado ordinariamente á toda su longitud. Sin embargo, no debe creerse que treinta años es el término de su vida, como muchos autores lo han repetido siguiendo á Aristóteles. Si recordamos lo que se ha dicho de la longitud de la ballena franca, facilmente se pensará con otros autores que el delfín debe vivir muchos años, y probablemente mas de un siglo.

No solo la madre y los delfines que ha dado á luz se muestran unidos con los lazos simpáticos de un afecto mútuo y durable, sino que además, segun se dice, pasa el macho la mayor parte de su vida al lado de su hembra, de quien se constituye constante guardian y leal defensor, y hasta siempre se ha creído que los delfines en general estaban unidos entre sí por un sentimiento bastante vivo hácia sus compañeros. Se cuenta, dice Aristóteles, que habiendo sido apresado un delfín en las costas de Caria, se acercaron al puerto un gran número de cetáceos de la misma especie, y no volvieron al alta mar hasta despues de haber redimido al arrebatado cautivo.

Cuando nadan los delfines en numerosas tropas presentan comunmente una especie de orden; forman hileras regulares, se avanzan algunas veces sobre una misma linea como dispuestos en órden de batalla, y si alguno de ellos aventaja á los otros en fuerza y en audacia, precede á sus compañeros, porque nada con menos precaucion, mas soltura y mayor velocidad; se muestra como su caudillo ó conductor, nombre que no dejan de darle los pescadores y otros marineros.

Pero su afecto no se limita entre los seres sensibles á solo los de su especie; se familiarizan hasta

con el hombre. Escribió Plinio que en Berberia, cerca de la ciudad de *Hippo-Dyarrhite* un delfín solía adelantarse sin temor hacia la costa, se acercaba á recibir su alimento de mano del que quería dárselo, se aproximaba á los que se bañaban, se entregaba en torno de ellos á todos los movimientos de una alegría extrema, sufría que montasen sobre su espalda, se dejaba dirigir dócilmente y obedecía con tanta celeridad como exactitud (1). Por exagerados que sean estos hechos, y aun cuando deba suponerse en la propension que conduce ordinariamente los delfines al rededor de los buques, que el motivo que los determina es el deseo de mitigar un hambre muchas veces devoradora, es indudable el hecho de que se juntan al rededor de las embarcaciones, con todas las señales exteriores de la mayor confianza y de una plena satisfaccion; se agitan, se encorvan, se pliegan, se lanzan por encima del agua, hacen piruetas, caen y de nuevo vuelven á hacerlas, á brincar y á elevarse otra vez. Esta sucesion, ó mas bien, esta continuidad de movimientos, procede de la buena proporcion de sus músculos y de la actividad de su sistema nervioso.

No perdamos jamás de vista una gran verdad; los animales que no están contenidos como el hombre, por ideasmorales, ni embarazados por el temor, hacen todo cuanto pueden hacer, y obran todo el tiempo que pueden obrar. Ninguna fuerza es inerte en la naturaleza. Todas las causas tienden sin cesar á producir en toda su estension todos los efectos de que son susceptibles. Esta especie de esfuerzo perpétuo, que se confunde con la atraccion universal, es la base del principio siguiente: un efecto es siempre el mayor que puede depender de su causa, ó lo que es lo mis-

(1) Plinio, libro IX, cap. 48.

mo, la causa de un fenómeno es siempre lo mas débil posible; espresion que no hace mas que traducir aquella en que nuestro ilustre cólega y amigo Lagrange, ha dado á conocer su admirable principio de la mas pequeña accion.

En fin, esos movimientos tantas veces renovados que presentan los delfines, esos brincos, esos saltos, esas circunvoluciones, esas maniobras, esas señales de fuerza, de ligereza y de destreza que la repeticion de los mismos actos produce necesariamente, forman cierto espectáculo, tanto mas grato para navegantes fatigados despues de mucho tiempo por la inmensa soledad y por la triste monotonía de los mares, cuanto que el color del delfin comun es de un aspecto agradable. Su color es ordinariamente azulado ó negrozco, mientras el animal está vivo y en el agua, pero ordinariamente es realzado por la blancura del vientre y del pecho.

Acabemos, pues, de manifestar todos los matices que se han creído observar en las afecciones de estos animales. Pretendieron los antiguos que la familiaridad de estos cetáceos era mayor con los niños que con los hombres entrados en edad. Mecenas-Fabio y Flavio-Alfio escribieron en sus crónicas, segun Plinio, que un delfin que habia penetrado en el lago Lucrino recibia todos los dias pan de mano de un niño; que corria á su voz, que le llevaba sobre su espalda, y que habiendo muerto el niño, el delfin, que no volvió á ver mas á su tierno amigo, murió luego de pena. El naturalista romano añade hechos semejantes que sucedieron en tiempo de Alejandro de Macedonia, ó los que refirieron Egesidemo y Theofrasto. En fin los antiguos no han dudado en atribuir á los delfines con respecto á los jóvenes con quienes podian solazarse mas facilmente que con los hombres de edad provectora, una sensibilidad, una

afición y una constancia casi parecidas á las de que el perro nos da ejemplos muy singulares.

Estos cetáceos, á los cuales se ha tratado de representar como susceptibles de una adhesión tan viva y tan durable son, sin embargo, animales carniceros. Pero no olvidemos que el perro, este compañero del hombre, tan tierno, tan leal y tan adicto, es también un animal carnívoro, y que entre el feroz lobo y el pacífico falderillo no hay otra diferencia que los efectos del arte y de la domesticidad.

Los delfines se alimentan de sustancias animales, buscan particularmente los peces, prefieren los bacalao, los eglefines, los persequas, los pleuronestes; persiguen las numerosas tropas de mugiles hasta cerca de las redes de los pescadores, y á causa de esta osada familiaridad, se les ha considerado como los auxiliares de aquellos marineros, de quienes ellos pretenden únicamente arrebatar ó compartir la presa.

Plinio y algunos otros autores antiguos han creído que los delfines nada podían coger con su boca sino revolviéndose y casi encorvándose sobre su espalda; pero tuvieron esta idea porque confundían estos cetáceos con los esqualos, acipenseros y otros grandes pescados.

Los delfines pueden buscar el alimento que necesitan con mas facilidad que otros muchos habitantes de los mares. Ningun clima les es contrario.

Se les ha visto no solo en el Océano atlántico septentrional, sino también en el grande Océano equinocial, cerca de las costas de la China, de las costas de la América meridional, en los mares que bañan el Africa, en todos los grandes mediterráneos, y particularmente en el que baña á la vez parte de Africa, Asia y Europa.

En ciertas estaciones prefieren el mar alto á la proximidad de las costas. Se ha observado que ordi-

nariamente bogaban contra el viento, y si se comprobase esta costumbre ¿no podria decirse que procede de la necesidad y del deseo que tienen estos animales de percibir mas facilmente la presencia de los objetos que temen ó que buscan por medio de las emanaciones odoríferas que el viento trae al órgano de su olfato?

Se ha dicho que saltan sobre la superficie del mar con mas fuerza, frecuencia y agilidad cuando la tempestad amenaza ó cuando el viento debe suceder á la calma (1). Cuanto mayores sean los progresos que se hagan en la física, tanto mas se conocerá que la electricidad del aire es una de las principales causas de todas las mudanzas que experimenta la atmósfera; y todo lo que hemos dicho de la organización y de las costumbres de los delfines, pueden sin duda hacernos presumir que deben ser muy sensibles á las variaciones de la electricidad atmosférica.

Sabemos por Oppiano y Eliano que los antiguos habitantes de Bizancio y de la Tracia perseguían á los delfines con tridentes asegurados por medio de largas cuerdas, al modo de los arpones que se usan al presente para la pesca de las ballenas francas y de los mismos delfines. Hay parages donde abundan tanto estos cetáceos que su pesca produce una gran cantidad de aceite; y se dice, que entre los citados parages, debe contarse las inmediaciones de las costas de la Cochinchina.

Como los delfines no tienen necesidad de agua para respirar, lo que no pueden verificar sino al aire, no es de admirar que pueda conservárseles mucho tiempo fuera del agua, sin que pierdan la vida.

Habiendo podido ser fácilmente observados estos

(1) Véase el viage á la Isla de Francia de mi célebre compañero Mr. de Saint-Pierre.

etáceos, y habiendo escitado siempre la curiosidad del vulgo, el interés de los marinos, la atención del observador, se han llegado á notar sus propiedades, sus atributos y sus rasgos distintivos, y por esta razon muchos naturalistas han creido deber contar en la especie que describimos variedades mas ó menos constantes. Se han distinguido los delfines de un pardo livido (1), los que tienen la espalda negruzca, con los lados y el vientre de un gris de perla manchados de negro; aquellos cuyo color es de un gris mas ó menos intenso, y en fin aquellos en los que toda la superficie es de un blanco brillante como la nieve.

Acabamos de ver el delfin de la naturaleza, veamos ahora el de los poetas. Suspendamos un momento la historia del poder creador, y tendamos la vista sobre las artes que embellecen.

Entramos en el imperio de la imaginacion; la razon ilustrada, á la cual deleita pero sin cegarla ni seducirla, sabrá distinguir en el cuadro que nos proponemos presentar, la verdad adornada con los brillantes coloridos de la fábula.

Los antiguos habitantes de las afortunadas costas de la Grecia conocian bien al delfin, pero la viveza de su génio poético no les permitio pintarle como es: su moral religiosa tuvo necesidad de trasformarle y de hacerle uno de sus tipos, y por otra parte la concepcion de objetos quiméricos, les era tan necesaria como el movimiento al delfin. El espíritu como el cuerpo usa de todas sus fuerzas cuando ningun obstáculo le detiene, y las imaginaciones ardientes no necesitan de sentimientos profundos ni de ideas lúgubres que suele producir un clima incómodo para inventar cau-

(1) Notas manuscritas de Commerson remitidas á Buffon, que tuvo la bondad de comunicármelas.

sas fantásticas, para producir seres sobrenaturales, para crear dioses. El mas hermoso cielo tiene sus tempestades, la costa mas risueña tiene su melancolia. Los campos tesalianos, los de la Atica y del Peloponeso, no han inspirado ese terror sagrado, esos negros presentimientos, esos tristes recuerdos que han elevado el trono de una oscura mitologia en medio de palacios de nubes y de fantasmas vaporosas, por encima de los promontorios amenazadores, de los lagos brumosos y de las frias selvas de la valerosa Caledonia ó de la heroica Hibernia; pero el valle del Tempe, las pendientes floridas de Himeto, las márgenes del Eurotas, los bosques misteriosos de Delfos y las venturosas Cyclades, han conmovido la sensibilidad de los griegos con los mas pintorescos contrastes que la naturaleza puede ofrecer, con paisages románticos, cuadros magestuosos, escenas graciosas, montañas cubiertas de verdor, retiros afortunados, imágenes tiernas, objetos tiernos, tristes y aun fúnebres, mas no obstante, llenos de encanto y de apacibilidad. Los sotos de la Arcadia estendian su sombra sobre las tumbas, pero estaban estas sembradas de rosas.

La mitologia griega variada é inmensa como la hermosa naturaleza, á quien debe su origen, ha debido someter todos los seres á su poderosa accion.

¿Cómo no podria estender su mágica influencia hasta sobre el delfin? Mas si ella ha mudado sus cualidades no ha alterado sus formas, ni es la mitologia solo la que ha desfigurado sus rasgos: la escultura, todavia en su infancia, tambien contribuyó á su metamorfosis hasta el fin de los tiempos á que dió la Grecia el epíteto de heroicos. Adopto en esta parte la opinion de mi ilustre compañero Visconti, miembro del Instituto, y hé aqui lo que piensa respecto á esto este sábio intérprete de la antigüedad (1).

(1) Carta de Mr. Visconti á Lacedede.

Se adoraba á Apolo en Delfos no solo bajo el nombre de *Delphico* y de *Pythio*; sino tambien bajo el de *Delphinio* (*Delphinios*). Para dar razon de este epíteto se referia que el dios se habia mostrado en forma de delfin á los cretenses, á quienes habia obligado á abordar sobre la costa de Delfos, donde fundaron el oráculo mas famoso y venerable del mundo conocido de los griegos; fábula que tal vez no ha tenido otro origen que la semejanza del nombre de Delfos con el de *delfin*; pero viene desde la mas remota antigüedad, y se leen sus detalles en el himno compuesto en honor de Apolo que se atribuye á Homero. Mr. Visconti mira como cierto que *Apolo delfinio*, adorado en Delfos, estaba simbolizado por delfines. Figuras de delfines debian adornar su templo, y como las decoraciones del santuario ascendian á los mas remotos siglos, en ellas debia notarse la infancia del arte. Figuras inexactas, imperfectas, toscas y tan poco semejantes á la naturaleza, fueron sin embargo consagradas por el tiempo y por la santidad del oráculo. Los diestros artistas que han florecido en época en que la escultura habia hecho ya progresos, no se han atrevido á corregir estas figuras conforme á los modelos vivos; se han contentado con hermohear el carácter, dilatarlos rasgos, suavizar los contornos. La forma singular de los delfines *delficos* pasó á los monumentos de los antiguos, y se perpetuó en las producciones artísticas de los pueblos modernos; y si ninguno de los autores que describieron el templo de Delfos habló de los delfines debidos á la escultura y al cincel de los mas antiguos artistas griegos, es porque el templo de Apolo fué saqueado varias veces, y porque en tiempo de Pausanias ya no existia ningun monumento de aquel santuario.

Los pintores y los escultores modernos representaron al delfin como los artistas griegos del tiempo de Homero, con la cola levantada, la cabeza muy grue-

sa, la boca muy grande, etc. Pero bajo cualquiera rasgos que se les haya espresado, los historiadores los celebraron, los poetas los cantaron, los pueblos le consagraron á la divinidad que adoraban. Se le ha respetado como amigo no solo de Apolo y de Baco, sino tambien de Neptuno, á quien ayudó, segun una tradicion religiosa que menciona Oppiano, al descubrimiento de Amfitrite cuando por conservar su virginidad huyó hasta la Atlántida. El mismo Oppiano le llama *ministro de Júpiter marino*, y los griegos le dieron la denominacion de *Hieros ichthys* (pez sagrado).

Se ha repetido con sensibilidad y ternura la historia de Phalanto salvado por un delfin, despues de haber naufragado cerca de las costas de Italia. Se han dado honores al delfin como á bienhechor de la humanidad. Se ha conservado como una tierna alegoría, como un recuerdo consolador para el génio que lucha con el infortunio, la aventura de Arion, que, amenazado de muerte por los feroces marineros del buque en que navegaba, se precipitó en el mar, donde fué acogido por un delfin atraido por el suave sonido de su lira, y conducido salvo hasta el puerto por aquel animal sensible, atento y reconocido.

Han sido llamados bárbaros los tracios y otros pueblos porque daban muerte al delfin.

Siempre en movimiento, ha parecido ser entre los habitantes del Océano, no solo el mas rápido, sino tambien el mas enemigo del reposo; se le ha creído emblema del génio que crea, desarrolla y conserva, porque su actividad somete el tiempo como su inmensidad domina el espacio; y hé aqui la razon de haberlo proclamado, *rey del mar*.

Dirigiéndose mas y mas la atencion hácia él, ha compartido con el cisne, (1) el honor de haber sugerido la

(1) Véase el artículo del cisne, por Buffon.

forma de las primeras naves, por las delgadas proporciones de su cuerpo tan propias para hendir el agua, y por la posición, así como por la figura de sus remos, tan ligeros como poderosos.

Llegando á ser de día en día su sensibilidad y su inteligencia el objeto de la mayor admiración, se ha querido atribuir al delfín un origen maravilloso: se quiso suponer que los delfines habian sido hombres castigados por la venganza celestial, decaidos de su estado primitivo, pero que conservaban algunos caracteres de su pristina esencia. Luego se llegó á suponer también que Apolo habia tomado la figura de un delfín para conducir hácia las costas de Delfos su mas predilecta colonia. Neptuno mismo se habia transformado en delfín para arrebatár á Melantho como Júpiter en toro para el rapto de Europa, y la poética imaginación de nuestros antiguos se complacia en representar la virginal timidez de la bella, acariciada y amimada por el amor sobre la espalda de la deidad raptora, convertida en delfín y subyugada al imperio de Venus, recorriendo la superficie tranquila de los mares, dóciles y obedientes á la voluntad de sus númenes. Neptuno fué adorado en Sunio bajo la forma de delfín tan grata á su amada. No solo el delfín fué consagrado, sino que hasta se le divinizó; se le adjudicó un lugar en el congreso de los dioses, y el delfín celestial brilló en medio de las constelaciones.

Habiendo reinado estas opiniones puras ó alteradas con mas ó menos eficacia en los diversos países, cuyos ríos llevan sus aguas al gran depósito del Mediterráneo, ¿por qué hemos de admirarnos de que el delfín haya sido por mucho tiempo el símbolo del mar? Así es, que se ha representado al amor con un delfín en una mano, y flores en la otra, para manifestar que su imperio se estiende sobre la tierra y sobre el mar: un delfín rodeado á un tridente, era el

geroglífico de la libertad del comercio; colocado al rededor de un tripode indicaba el colegio de los quince sacerdotes que servian en Roma el templo de Apolo; acariciado por Neptano, era el símbolo de la tranquilidad de las aguas, y de la salvación de los navegantes; dispuesto en torno de una áncora ó puesto encima de un bucy con rostro humano, era el signo geroglífico de aquella mezcla de velocidad y de lentitud en que se hace consistir la prudencia, lo que ha espresado bien esta máxima favorita de Augusto: *Apresúrate con lentitud*, de que este emperador usaba á cada paso como de lema, aun en sus mismas cartas familiares: los gefes de los galos tuvieron el delfín por emblema, su nombre se dió á un gran país y á dignidades eminentes: se le ve en las antiguas medallas de Tarento y de Póesto, muchas de las cuales le representan con un niño alado ó sin alas sobre su espalda; en las de Corinto, que dan á su cabeza sus verdaderos caracteres (1), en las de Agio, en Acaya; en las de Eubea, Nysiros, Bizancio, Brindis, Larino, Lipari, Siracusa, Thera, Velia, y Carteya en España; en las de Alejandro, Neron, Vitelio, Vespasiano y Tito. El escudo de Ulises, su anillo y su espada presentaban la imágen del animal que nos ocupa; su figura se erigió sobre los circos; y por fin, fué consagrado á la hermosura celestial, poniéndole á los pies de aquella perfectísima Venus que se admira en el Musco.

(1) Me he cerciorado de este particular examinando con mi difunto respetable amigo el autor del viage de Anacarsis, la preciosa colección de medallas que pertenece á la nacion francesa.